



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VIII - Nº 85 Mayo de 2025



*Cincuentenario de un
victorioso holocausto*



Divulgación (CC 3.0)

Intercesor para los momentos de eclipse

El Bienaventurado Stefano Bellesini, sacerdote agustino, cuya fiesta la Iglesia celebra el día 3 de febrero, fue el gran devoto de Nuestra Señora del Buen Consejo de Genazzano.

Tanto cuanto mi experiencia me hace notar, la devoción a la Santísima Virgen bajo esa invocación presenta algo a la manera de eclipses. Hay momentos en que ella es muy sensible y la confianza de ser atendido por la intercesión de la Madre del Buen Consejo es fácil, alegre y luminosa. En otras ocasiones, se vuelve difícil y es necesario una gran fuerza de alma para confiar contra todas las apariencias contrarias.

Para practicar la virtud de la confianza con ese grado enérgico, cuando todas las impresiones de carácter sobrenatural se borran en nosotros para probarnos, la intercesión del Beato Stefano Bellesini nos es muy favorable.

Si yo supiera que mi desastre se había dado el día de este Bienaventurado, lo más angustiante del dolor habría pasado.

(Extraído de conferencias de 6/1/1987 y 9/11/1988)

Sumario

Vol. VIII - No. 85 Mayo de 2025



En la portada,
Dr. Plinio en
marzo de 1991.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de
números anteriores, ir a:
[http://caballerosdelavirgen.org/articulo/
revista-dr-plinio](http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio)

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

SEGUNDA PÁGINA

2 *Intercesor para los momentos de eclipse*



EDITORIAL

4 *Hace 50 años, un providencial y victorioso holocausto*



PIEDAD PLINIANA

5 *Oración para pedir el espíritu de seriedad*



REFLEXIONES TEOLÓGICAS

6 *Fuente de todo éxito y tranquilidad*



DESASTRE DE 1975

9 *I - Bajo el yugo de la mediocridad*



19 *II - Sed de almas*

24 *III - En medio del aparente desmentido de la promesa una confianza inquebrantable*



28 *IV - ¡Aunque camine en el valle de la muerte, confiaré en Ti!*



HAGIOGRAFÍA

32 *Santos mártires, primicias de la Iglesia en Japón*



ÚLTIMA PÁGINA

36 *Reina del postrero Buen Suceso*



Hace 50 años, un providencial y victorioso holocausto

Con la lectura del libro “El alma de todo apostolado” de Don Chautard, nació en mi espíritu la idea de que solo podría realizar la obra para la cual era llamado si me empeñara en ser santo. Y me propuse ofrecerme como víctima expiatoria a Nuestro Señor, a Nuestra Señora, por la victoria de la Contra-Revolución.

No llegué a formalizar el ofrecimiento de víctima en aquella época, pues tenía una cierta iluminación para entrever que no era lo que la Providencia deseaba de mí entonces. Ella quería que viviera. Pero, de hecho, mi voluntad era pedir morir como Santa Teresita, imaginando nuestras misiones semejantes, o sea, hacer más después de muerto que durante la vida. Así, terminaría mis días siendo joven todavía, consumido por cualquier enfermedad, pero al menos habría pagado el precio de la Contra-Revolución. A pesar de todo, noté que no era el momento para eso, aunque haya tomado delante de María Santísima una actitud de quien se hubiera ofrecido realmente.

En la extensa trayectoria que se me abría, al lado de algunas intensas consolaciones, sobrevinieron también grandes pruebas. Juzgaba que las adversidades y contrariedades se presentaban porque yo tenía culpa, eran infidelidades, pecados ocultos, de cuya existencia no me daba cuenta. Sin embargo, me venía este pensamiento: “Tal vez sea porque estoy dispuesto a servir de víctima expiatoria, y ese ofrecimiento me aplasta como yo quise”. Así, era triturado entre la resignación de ser víctima expiatoria y un clamor interno en sentido contrario. Entonces, la conclusión: “No, no es víctima expiatoria, sino castigo”.

Me sentía tentado a decir que todo aquello que mis manos tocaban, se deshacía. Eran, a decir verdad, los sufrimientos y las dificultades propias a la vía de expiación que iba trillando, considerando que la Santísima Virgen tenía en cuenta aquella primera disposición mía. Ese deseo de ofrecimiento fue reiterado poco antes de mi accidente automovilístico de febrero de 1975, y también aceptado por Ella.

En la madrugada del domingo precedente al accidente, tuvo lugar en el salón de mi residencia una conversación en la cual tratamos del estado en que estaba nuestro Movimiento. Analizada la situación, llegamos a la conclusión de la necesidad de un gran sufrimiento y una grande expiación para que las cosas tomaran su debido rumbo.

Si durante aquella reunión se me apareciese un ángel y me dijese: “Tú no conoces los ‘enjorras’ que están por llegar, no sabes el bien que de eso resultará bajo los auspicios y el impulso de tu hijo João Clá, ni los beneficios que podrán venir para todo tu apostolado y para la Causa Católica en Brasil y en el mundo, así como no sabes que muchas de tus preocupaciones actuales —no todas, desgraciadamente— se sanarán, si quieres hacer este sacrificio: es necesario que vayas a Amparo y que en la carretera tengas un accidente”, estoy seguro que tomaría el automóvil en aquel mismo momento y, contando que ninguno de mis acompañantes nada o casi nada sufriese, me diría a mí mismo: “¡Vamos al choque, a la sangre, al hospital, a la silla de ruedas, a las muletas y a todas las otras consecuencias!” No dudaría en dar ningún paso rumbo a ese extremo, para la gloria de Nuestra Señora.

De hecho, a partir de entonces, comencé a notar en mis seguidores más jóvenes una actitud no vulgar con relación al ideal y a mi propia misión. Ese hecho me alentó muchísimo y, con profunda gratitud a la Madre de Dios, pase a ver el desarrollo del aura de mi obra en los más diversos lugares del mundo.¹

La presente edición es dedicada al cincuentenario de ese victorioso holocausto ofrecido en la fiesta de la Reina del Buen Suceso y consumado al día siguiente, fiesta del Beato Stefano Bellesini, gran devoto de la Madre del Buen Consejo.²

1) Cfr. Conferencias del 3/2/1981 y 23/3/1985.

2) Para la elaboración de este número fueron compilados extractos de las siguientes conferencias: 26/4/1977, 4/12/1977, 23/6/1981, 30/1/1982, 28/1/1983, 2/2/1983, 10/4/1983, 13/5/1983, 3/2/1984, 9/4/1984, 26/9/1984, 3/2/1988, 29/1/1991, 1/2/1992, 25/4/1992, 26/4/1992, 28/6/1992, 13/9/1992, 3/2/1993.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Nuestra Señora de los Dolores Capilla de Corpus Christi, Moguer, España



Oración para pedir el espíritu de seriedad

Oh Madre mía, alejad de mí la superficialidad, la liviandad y la frivolidad, que presuponen una visión mentirosa de la vida.

Haced que siempre tenga presente que esos defectos cierran mis ojos para la vocación, constituyen los más frecuentes resbaladeros a través de los cuales me alejo gradualmente de vuestro Divino Hijo y de Vos, disminuyen mi amor a la Santa Iglesia y a la Cristianidad, y me quitan el celo en la lucha contra la Revolución.

Grabad en mi alma, oh Madre, el espíritu de seriedad por el cual yo conozca y sufra toda la Pasión de la Santa Iglesia. Amén.

(Compuesta el 30/1/1991)



Fuente de todo éxito y tranquilidad



El Dr. Plinio en febrero de 1986

Archivo Revista

Nada confiere el verdadero equilibrio y la verdadera paz como la perspectiva del deber cumplido, del dolor sufrido, de la desgracia aceptada, que viene al encuentro de todas las almas para convertirlas en el lugar santo de Dios.

La tesis fundamental del católico, del contrarrevolucionario, y específicamente del hombre de la Edad Media, es que la posición natural de la vida del hombre no es la de quien se divierte o gana dinero. Estas son las posiciones artificiales.

Una impostación fundamental y fructífera

No condeno a los que buscan ganar dinero; pero que uno viva para este objetivo o haga de los productores de dinero los rasgos del espíritu supremos de la humanidad, ilo considero simplemente una blasfemia!

Sobre todo, el aspecto fundamental es que, para el hombre formado en la buena posición medieval, la seriedad consiste, antes que nada, en ver las cosas objetivamente tal como son, sin quitar ni poner –por tanto, con lo que ellas tienen de grande, augusto, triste y, al mismo tiempo, estimulante– y hacer de esta realidad variada y compleja el campo de su contemplación. De modo que todas las energías del alma se ejercitan y se mueven de cara a esto. No para hacer un mundo de corre-corre a la búsqueda del trabajo, ni solo de ocio, sino un mundo en el que ambos ocupen un pequeño lugar, porque lo importante es realizar un ideal, seguir a Nuestro Señor Jesucristo, santificarse, luchar

por la virtud, por la Civilización Cristiana, por el Reino de Dios. Esta es la posición fundamental en la que el alma encuentra su equilibrio, la plena fecundidad de sus capacidades intelectuales y artísticas.

“¡Vencí, hice lo que tenía que hacer!”

Cuando era pequeño el problema de cómo considerar el sufrimiento me fue planteado en estos términos: por encima de la alternativa de sufrir o no sufrir está la de si di buen resultado o no. Quien tiene un espíritu bien constituido prefiere sufrir y tener éxito en lugar de disfrutar y no tener éxito. En última instancia,

la frustración, el darse cuenta de que fracasó y no llevó la vida que debería haber llevado es el peor sufrimiento.

¿Qué es tener éxito? Es haber vivido la vida tal como es, ante la verdad entera. Si lo logré o no, tiene menos importancia; si hice lo que correspondía hacer, eso es lo que le da tranquilidad.

El presupuesto de una idea moral está presente, pero no es exactamente la idea moral, que es la siguiente: “He empeñado toda mi vida dando todo lo que tenía. Si estaba a la altura de mi posición e hice lo que tenía que hacer, en todos los sentidos, en el orden objetivo de los hechos, fui un vencedor, porque el medio que tenía para eso era yo mismo. Por eso, ¡vencí, porque hice lo que tenía que hacer!”.

De hecho, hay un orden real de cosas que se mueve, en el que estoy y debo actuar. Si hice todo lo que podía, yo gané. Para los que saben evaluar las cosas, el haber sufrido o no es menos importante que haber hecho lo debido. Sin embargo, al reflexionar sobre esta situación, uno se pregunta: “¿Cuál es la importancia de haber sufrido?”

De la aceptación del dolor brota la admiración

Es importante haber sufrido, no es importante no haber sufrido. Porque si no costara, no tendría ningún mérito. En la medida en que me costó un sufrimiento inevitable, que ha-

ya hecho todo lo posible por evitarlo sin pánico excesivo, sin haberme prevenido como un loco contra él, pero tomando todas las precauciones, y si todavía me sobreviene, ¡iré a él! Si no vino, ¡*Deo gratias!* Si vino y luché contra él, ¡*Deo gratias!*

Esto es vivir. Si se vivió así hasta el final, podemos decir: “¡Yo viví!”

Si, por ejemplo, yo muriera mañana, moriría con una tristeza desgarradora por la situación de la Iglesia, pero no sería la tristeza de los que miran hacia atrás y dicen: “No hice lo que debería haber hecho”.

Así, si la persona barrió en todo su subconsciente la idea de “sufrir mucho o sufrir poco” para sustituirla por la idea “yo fui e hice lo que debía”, queda con las condiciones adecuadas para tener toda clase de admiración.

Aquellos que viven sólo para evitar el dolor son incapaces de admiración. La admiración viene solamente de quien se ha puesto en esta posición y, al ver a otro que hace lo mismo o más, ¡queda admirado! Y no queda triste por haber hecho menos que el otro, siempre y cuando haya hecho lo que debía. Y entonces el alma se abre a la larga marcha contrarrevolucionaria.

No tiene idea de la vida ni de lo que es el hombre quien piensa que puede pasar por esta vida sin desgracias. Por el contrario, debería sentir una especie de alivio cuando se da cuenta de que ha sufrido, porque eso forma la historia de un hombre. El pasado de una persona es lo que ella rezó, luchó y sufrió. Cuando el individuo no dio esa contribución, los periódicos pueden publicar lo que quieran, el público puede incluso aplaudir, pero aplaude sin convicción, y entonces aquello se desvanece.

Para el alma que no está preparada para el infortunio, el trabajo es una actividad más o menos deportiva y la oración es una práctica sentimental. Es como algunas narraciones de la vida de los santos que presentan aspectos muy bonitos, pero no cuentan los reveses por los



Archivo Revista

El Dr. Plinio en noviembre de 1983



que pasaron. Ahora bien, no habrían sido santos si no hubieran pasado por el infortunio.

Por lo tanto, debemos preparar nuestras almas para el infortunio, para el revés, para la prueba; y mientras no tengamos eso, nos engañamos a nosotros mismos y el apostolado que hagamos no dará resultado.

Venciendo al enemigo en el lugar santo de nuestra alma

Necesitamos tener una comprensión de la necesidad del sufrimiento, una preparación para el dolor, entendiendo que está necesariamente en nuestro camino y que, en última instancia, valemos lo que valemos en este momento, no hay cómo escapar. Pensar que en un momento dado se encontrará una salida... Hay

momentos en los que nos enfrentamos al infortunio, nos salta encima y tenemos que soportarlo.

He visto escenas como esta en mi vida, ¡pero a torrentes! ¿Quién, conociéndome antes del accidente, hubiera imaginado que terminaría mis días en una silla de ruedas? Si hay algo que no es hecho para mí es una silla de ruedas...

Nuestra Señora me había ayudado y mi alma estaba dispuesta a sufrir. No sé si de repente un hijo mío sufriera un accidente como este, cómo tomaría esta tragedia... Yo temo un poco que se rebele, pero podría tener una forma de rebeldía que consiste en decir: “No juego más a este juego, me he jubilado”. ¡Con qué facilidad podía terminar así, por no hablar de psicosis, neurosis, depresiones, manías y no sé cuántas cosas!

Así que pensemos en esto: el alma de cada uno de nosotros puede ser un “lugar santo”. Y mientras haya algunas almas, aunque sea una sola que esté enteramente de acuerdo con esta perspectiva, el adversario está de hecho perdiendo la guerra, porque allí la Revolución no logra nada.

Esta idea de salvarse a sí mismo, habiendo salvado la propia integridad y manteniendo el estandarte en alto mientras la guerra continúa, para mí es el centro de todo. Y el consuelo que nos haría morir con tristeza, pero no agitados, sería este: “¡El ‘lugar santo’ en mí vivió hasta el final! Nuestra Señora proveerá y otro aparecerá. ¡Pero esto no se borra de la Tierra!” ❖

(Extraído de conferencias del 17/11/1983 y del 4/2/1986)

Archivo Revista



El Dr. Plinio en diciembre de 1991



I

BAJO EL YUGO DE LA MEDIOCRIDAD

Uno de los períodos de mayor sufrimiento para el Dr. Plinio fue lo que él llamó como “Bagarre azul”, durante el cual los miembros del Grupo, atascados en la mediocridad, pusieron en peligro la continuidad de la obra. A esta prueba se añadió un aparente distanciamiento de Nuestra Señora que ya no se le manifestaba, como antes, por medio de algunas de sus imágenes. En ese panorama sombrío, ocurrió el desastre de automóvil.

A petición de mi querido João, haré un análisis del Grupo antes y después de mi accidente de automóvil, y también de todas las gracias que después la Virgen derramó abundantemente sobre nosotros a este respecto.

Dificultad para narrar la historia reciente

Cuando conocemos la historia de los asirios, de los babilonios, de los javaneses, por ser civilizaciones antiguas, tenemos la idea de que es difícil escribirlas, y que mucho más fácil sería registrar la historia de nuestros días. Es un error. Todos los técnicos en escribir tratados de Historia dicen que la historia más difícil de ser



Archivo Pessoa

El Dr. Plinio con algunos miembros del grupo en la sede de la calle Martim Francisco, en 1964



escrita es la de los hechos actuales o recientes, porque siempre estará condicionada a las circunstancias psicológicas del lector al que se dirige.

Por ejemplo, si alguien quisiera publicar un *best-seller* histórico narrando la Segunda Guerra Mundial, debería hacerlo de manera que sea leído por las naciones que pertenecieron a uno y otro partido; luego, no podría tomar posición al describir los hechos. Tendría que narrar de manera comercialmente neutral, hasta el punto de que ambas partes juzgaran: “¡Qué bien hecha esta obra, como este hombre es imparcial!”. Ahora bien, a veces la imparcialidad no es la verdadera historia. El escritor debe tomar posición para demostrar con quién estaba la verdad.

La historia de la que João desea que hable es reciente, ¡muy reciente! Y más aún: de todos los episodios internos, el más difícil de contar. Si yo fuera a exponer una pelea de Napoleón con su madre —con quien tuvo varias discusiones y que, guardadas las proporciones, era una mujer aún más dura que él—, ¡mis oyentes lo tomarían como una historia del mundo de la luna! Narrar sobre Napoleón y su madre o hablar del planeta Júpiter sería lo mismo.

Sin embargo, presentar un hecho interno, ocurrido con personas que conocemos, toca la piel, despierta mucha más vivacidad de reacciones. Por eso, se hace difícil hacer la narración exacta. No la haré de modo inexacto, pero solo la presentaré en algunos de sus aspectos.

Por amor a la verdad, que debe ser la guía de lo que decimos, yo prevegno eso desde ahora. Son aspectos que vale la pena conocer, porque dan una buena idea de conjunto. Hay detalles y rasgos que no entrarán en consideración.

Soldados victoriosos, ávidos de descanso

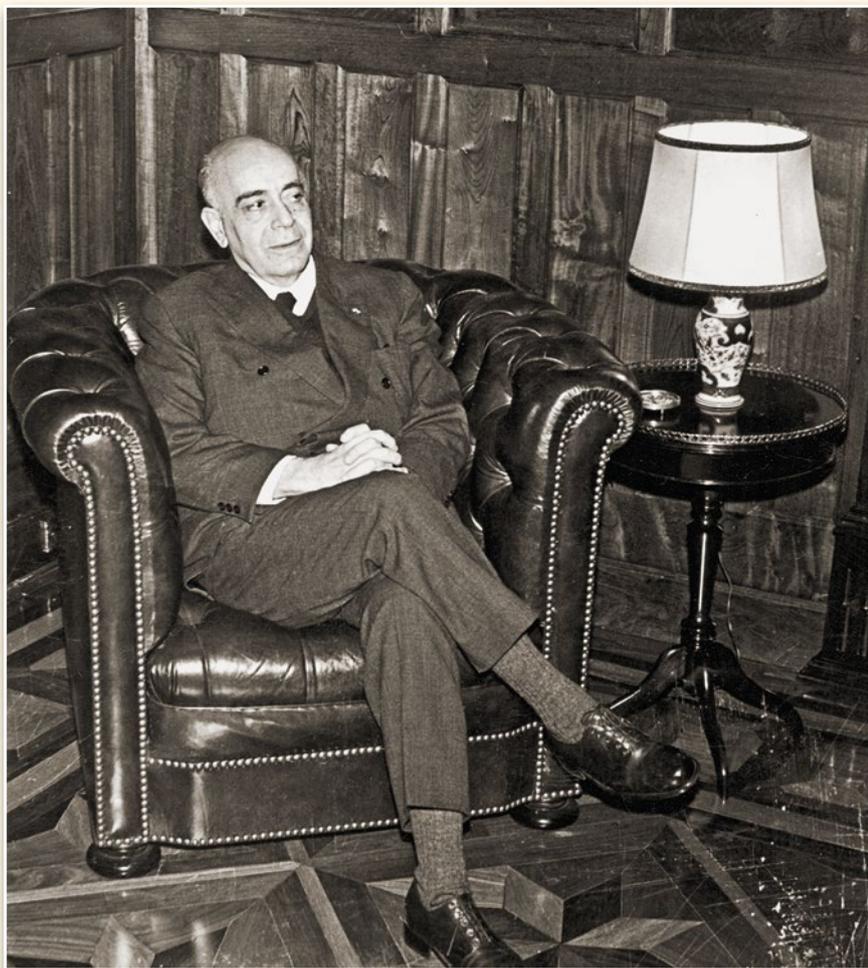
A lo largo de varios años, tuve grandes pruebas en el Grupo, y la “gracia de Genazzano”¹ me sostenía en todo momento, para que aflicciones muy agudas no me devoraran, las cuales, sin esa gracia habrían sido terribles y devastadoras, y me llevarían a la muerte. Pero ella me daba la certeza de que mi vocación se realizaría, mientras que la hipótesis contraria constituía mi gran tormento.

Y con eso llegué hasta el desastre. ¿Cuál era la situación interna cuando ocurrió?

Los inicios de la TFP se dieron poco antes de 1945, no aún como sociedad, sino como grupo de los que salieron del *Legionário* y formaron un conjunto en la “pequeña sede” que corresponde a la planta baja de la calle Martim Francisco. En esta ocasión, iniciamos una dura caminata.

Desde 1945 hasta 1975, fueron treinta años de andadura, hecha entera por algunos que estaban desde el principio conmigo. Treinta años en los cuales se había obtenido un resultado digno de nota. De siete u ocho personas —porque pasaron unos seis años sin conseguir reclutar a nadie, el Grupo parecía emparedado vivo—, se llegó a una organización extendida por buena parte de Brasil y por un gran número de países, la cual ya había florecido en amplios eremos que comenzaban a constituirse en varios lugares, aunque no hubieran dado aún, ni de lejos, todo lo que dieron después. Varias batallas ganadas, innumerables resultados extraordinarios.

Archivo Revista



Dr. Plinio a inicios de la década de 1970

Eso daba a los miembros del grupo una impresión de estar en lo alto de la colina, pudiendo definirse como soldados beneméritos y victoriosos, que por tanto podían, después de todo, descansar un poco. Era el peligro de la hora del descanso. En ese nivel al que habíamos llegado estábamos con ‘sombra, zapato ancho y agua fresca’.

Lejos del peligro, ambiente de tedio y aburrimiento.

En tal situación, había quienes estaban infestados, o infectados, por lo que podríamos llamar la enfermedad del calor y el tedio.

No se trataba de una tentación formal contra algún punto de nuestro modo de vivir, contra nuestras estrategias, o, lo que sería mucho más grave, contra algún punto de nuestra doctrina. Nada de esto era cuestionado, todo se admitía como pro-

bado, asentado. Sin embargo, había una especie de tedio y de modorra que los llevaba a considerar como ya sabido lo que se decía y a juzgar que, aunque las nuevas conferencias aumentaran el depósito de doctrinas y de tácticas enseñadas por mí, Brasil pasaba por un período de calma para los anticomunistas y los enemigos de la Revolución, porque el peligro

comunista parecía estar controlado por la dictadura militar y, en consecuencia, la acción de la TFP se hacía innecesaria y hasta cierto punto imposible.

Ningún adversario nos estaba atacando de forma inmediata. Llevábamos nuestra vida en calma, con una armonía interna muy considerable y satisfacción por los triunfos alcanzados... El resultado fue mirar hacia adentro: “Qué bonita y buena casa tenemos...!”

No habiendo una acción inmediata que desarrollar, un enemigo urgente que combatir,

eso producía un tedio para las almas superficiales y poco amorosas, que degeneraba en bromas.

En las diversas sedes del Grupo, incluyendo los *Éremos*, la broma, la gracia, el último chiste —sin que hu-



El Dr. Plinio con algunos miembros del grupo del Legionario, en la Sede de la Calle Martim Francisco, en marzo de 1945



Fachada de la sala del fondo en la Sede de la Calle Martim Francisco





biese nunca nada inmoral e intrínsecamente censurable— mantenían un ambiente de superficialidad, haciendo que hubiera una relajación similar a la verificada en nuestra naturaleza física en ciertos días de calor, cuando tenemos la impresión de que el asfalto de la calle no solo se ablandó, sino que se evapora; los árboles más altaneros tienen una tendencia a doblarse y dormir; los animales casi no se mueven, los pájaros no cantan, los ríos corren, pero las aguas no burbujan, y todo parece llorar la inutilidad de sí mismo.

Ese no era el estado de todos los miembros del Grupo, menos aún de todo eremita; era el mal de muchos y por eso un mal grave. En una familia, cuando hay una indisposición de varios, es un mal grave, aunque algunos puedan estar bien sanos.

Crisis de admiración

Había, en el fondo, una crisis de admiración, que consistía en una actitud de modorra tanto hacia mí como hacia la TFP: “El Dr. Plinio afirma, está bien... Dice cosas muy buenas, razonablemente bien dichas, pero no aguantando más, quiero otro estilo de vida”.

Eso correspondía a la posición de una persona que, en un día de extre-



Dr. Plinio en Amparo, agosto de 1968

mo calor, razonase así: “Hace mucho tiempo estas ventanas están abiertas; estoy harto de eso, voy a cerrarlas”. No tiene sentido, pues, si hace calor, deben mantenerse abiertas. Así también debemos estar orientados hacia quien nos da la buena doctrina y no hacia quien no ofrece ninguna orientación, lo que significaría entrar en medio del mundo y caer en la desorientación, en la locura y en el pecado.

Estaban aquellos que, por el contrario, confiaban en nuestras espe-

ranzas de siempre, sabían que los días prometidos por la Virgen en Fátima llegarían, las pruebas también, y se preparaban para un futuro, quizás remoto, si Dios así lo dispusiera. Pero estaban dispuestos a servirlo a cualquier precio, cuando y como Él quisiera. Estos pensaban: “Admiro tanto la Santa Iglesia Católica, su doctrina y todo lo que viene de Ella, y que me es transmitido por el Dr. Plinio, que quiero estar con él todo el tiempo que sea posible”.

En definitiva, existían los espíritus vueltos a la admiración y los no orientados a ella. Estas dos familias de alma coexistían en el Grupo pacíficamente; no peleaban, pero no se fusionaban. Esa es la primera visión de la situación de crisis como se presentaba.

Vueltos hacia las tinieblas y no hacia la luz

Ahora bien, ningún hombre queda sin admirar algo. En el fondo, o admira las cosas de Dios o las del demonio. Los de la corriente del tedio y de la modorra, aquellos que no admiraban al Grupo y sus doctrinas, no es verdad que no tuviesen ningun-



El Dr. Plinio rodeado por sus discípulos, en la Sede del Reino de María, a finales de los años 60

na admiración; de hecho, admiraban enormemente el mundo moderno de entonces.

Eran entusiastas de motores, de mecánica; empezaban a nacer en ellos pequeñas puntas de malas tendencias. La primera y la más peligrosa de todas, la que pierde cualquier alma, era la de formar peculio propio. Hacer negocios al estilo hollywoodiano, montar una tienda, una fábrica...

El razonamiento consistía en lo siguiente: “Sufro de tal enfermedad, necesito ir al médico con cierta frecuencia. Me temo que no tendré dinero en esa ocasión. Si el encargado de la caja no tiene, ¿cómo me voy a arreglar? Empezaré a pedir un poco de dinero en casa, guardarlo, de manera que, si lo necesito, lo tendré. Haré también tal pequeño negocio: he recibido de tal pariente un donativo, he heredado de tal otro una suma más. Guardaré un dinero personal”.

La persona no se da cuenta, pero eso entibia, deja el alma completamente oxidada.

Era horrible llevar una vida en la que el individuo no estuviera continuamente manejando dinero.

Era el dios de ellos. Más de uno me pidió permiso para hacer negocios, con un tal deseo, que me di cuenta perfectamente, que si no se metían en eso eran capaces de abandonar el Grupo. Por prudencia, asentí. Eran gente rica y, como castigo, perdieron el dinero, porque los negocios no tenían la bendición de Nuestra Señora, todos salieron mal. Si tan solo uno, hubiera dado al grupo lo que perdió, nuestra situación ha-

bría sido otra. Era el fruto de la moda y de la adoración al dinero.

¿Por qué esta adoración? Porque en aquel tiempo, el mundo adoraba el dinero, y aún hoy lo hace; y los miembros del Grupo que no tenían admiración por la Iglesia y por los que son de la Iglesia, la tenían por el mundo y por los que son del mundo. Se trataba, literalmente, de una admiración desviada, vuelta hacia las tinieblas y no a la luz; una admiración no por una doctrina, sino por el placer de imitar a los demás.

Defecto, interés personal

A otros les gustaba conseguir pequeños cargos: ¡cargos, cargos! “Qué bueno, tal puesto quedará vacante ¿quién sabe si puedo encontrar una manera de ser nombrado en lugar de este otro que ha sido transferido? Tengo talento para lo que él hace”. ¡Se nombra a otro, y éste se queda resentido! Otros formaban grupitos de amigos dentro del Grupo, enseguida se constituían dos pe-

queños partidos políticos, peleando uno contra el otro.

Todo esto podía suceder sin que ellos tuvieran el más mínimo deseo de abandonar el Grupo; al contrario, estaban firmemente decididos a continuar, a trabajar, a actuar para que progresara. Sin embargo, era como un marinero dispuesto a dedicarse para que el barco llegara al puerto, pero dispuesto a trabajar al mismo tiempo para comandar el barco, en caso de que el capitán muriera... “Él está muy enfermo; ¡quiero ser el capitán”!

Esto producía el siguiente estado de espíritu: comenzaban a preocuparse prodigiosamente más por el interés personal que por el de la Causa. Y de cincuenta veces al día que reflexionaban en un tema, cuatro o cinco eran sobre la Causa y cuarenta y tantas veces sobre el “pequeño negocio” o la “pequeña política” que estaban haciendo, lo que les tomaba la atención. Y el resto quedaba completamente relegado.



El Dr. Plinio rodeado por sus discípulos, en la Sede de la Calle Martim Francisco, a mediados de los años 60



Esto iba tan lejos que la persona podía presenciar los hechos más admirables en el orden de la vocación y no se preocupaba. Pero, si le avisaran durante la reunión más importante: “Mire, ahora alguien está organizando la sede y va a cambiar su cama de posición”, él no podría prestar más atención, y hasta el final, porque habían movido su cama.

Lentamente, ese fue el estado de espíritu creado en el Grupo. Por más que yo los previniese contra eso y les llamase la atención, era como si mis palabras fuesen huecas, no tenían alcance. Yo exponía y todos oían con respeto: “Cómo es bien intencionado el Dr. Plinio, ¿no? Pero... ¿y mi cama que cambió de lugar?!” O entonces: “¿Será verdad que yo consigo tal cargo para mí?” O: “¿Conseguiré ser nombrado encargado de tal sector?” Eso tomaba completamente el interés del individuo y se volvía un tibio.

De vez en cuando había una defecación. Podíamos evitarla con mucho esfuerzo y mucha gracia de Nuestra Señora, pero, de por sí, la crisis tendía hacia una apostasía. Naturalmente, donde hay muchos que tienden hacia algo, algunos caen en ese algo.

Un ejemplo ocurrido en el Antiguo Testamento

Eso me hace recordar un episodio de la historia de los judíos que, como se sabe, en el Antiguo Testamento eran el pueblo elegido, el pueblo bienamado de Dios, descendiente de Abraham. Hubo un tiempo en que ellos eran gobernados por autoridades, a quienes daban el título de Jueces. No eran meros jueces; juzgaban casos, pero tenían el gobierno general del pueblo de Israel. Eran varones de altísima virtud, y todo lo hacían por inspiración de Dios. Lo que equivale a decir que era un pueblo gobernado por Dios, el pueblo más feliz de la Tierra.

Ahora bien, ellos dejaron de admirar a los Jueces y sus decisiones y

pasaron a ver hacia los otros pueblos de la Tierra, gobernados por reyes. Entonces pidieron a Dios que eliminase el gobierno de los Jueces, dando como razón esto: “Danos un rey, para que seamos como las otras naciones” (1S 8, 5). Dios se desagradó con ese pedido insolente, prometió atenderlos, pero les advirtió sobre la dureza de ser gobernados por hombres. Por el ejemplo que ellos tendrían de sí mismos, sabrían cómo era dura la vida cotidiana de los pueblos que envidiaban (cf. 1S 8, 5-20).

Fue lo que sucedió. Ellos tuvieron reyes, pero en general les dieron trabajo, hicieron irregularidades... El propio David, que había sido tan santo, pecó. Los reyes se dividieron en dinastías opuestas, cometieron desatinos, castigando de esa forma al pueblo que no había admirado lo que

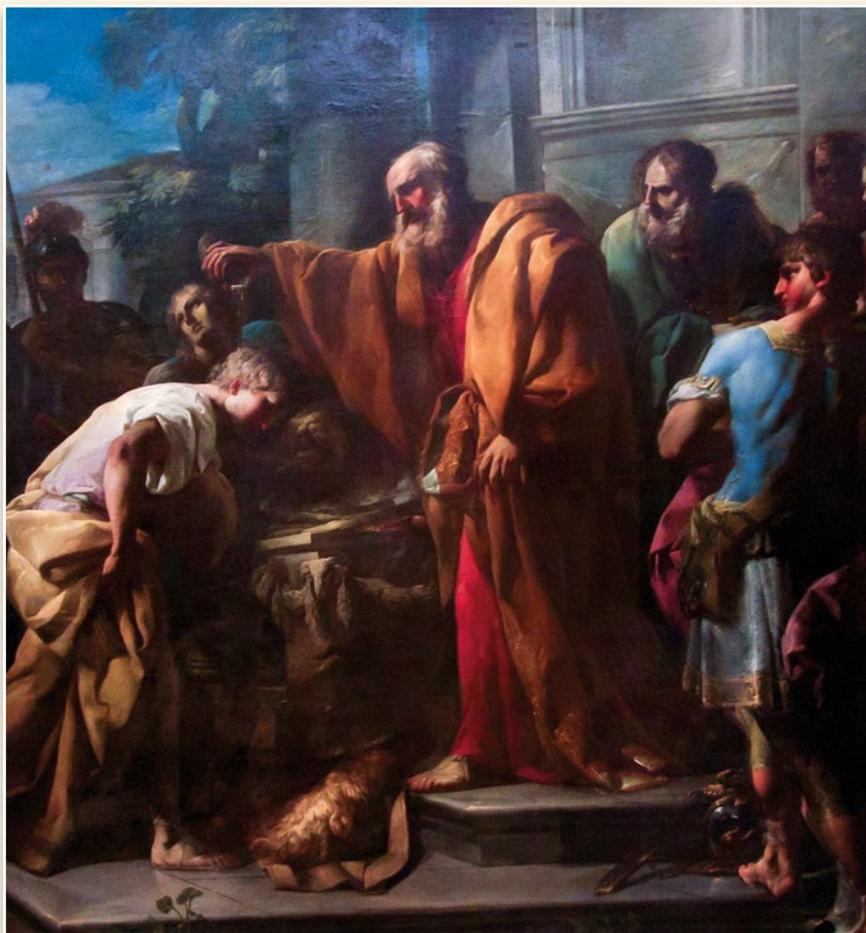
Dios les había dado, sino lo que Él había dado a otros, que era mucho menos que aquello que tenían. Y como ellos pecaron contra la admiración, cayeron en los demás pecados.

Los que entraron a la TFP y se desviaron por la admiración de los negocios, de un modo o de otro pecaron, porque admiraron más las cosas de los hombres que las de Dios. De ahí surgieron dificultades de todo orden en la vida espiritual, de ahí los fracasos en la vida temporal, de ahí también las crisis internas.

Actitudes fuera de propósito

Por ejemplo, la prueba del malo-gro de los érems, ¡qué cosa tremenda!

Los érems se habían formado todos llenos de esperanzas... La gracia eremítica había surgido como un úl-



Unción de David por Samuel – Academia de Bellas Artes de Madrid

timo fruto, pero ya debilitado, seco. Por ejemplo, ¡el Éremo de São Bento I decayó estruendosamente! Y, un poco antes del accidente, estaban en las últimas.

Hubo una reunión festiva con ocasión de un cumpleaños, realizada en una sala del piso superior de São Bento, para la cual congregué a miembros de otros érems, ya que São Bento se encontraba medio vacío. Me senté, comencé a discurrir sobre ciertos puntos doctrinarios, y uno de los presentes me interrumpió, diciendo: “¿Pero Ud. viene a hablarnos sobre esas cosas en este cumpleaños? Eso no nos importa nada”. Y otro reaccionó enseguida –parece que ya estaba combinado–: “Eso no nos importa nada, y sí que Ud. trate de asuntos concretos. ¡Eso es perfumería, tintura!”

Pregunté cuáles serían esos asuntos y entraron en problemas logísticos que yo no conocía y ellos no habían mencionado. Traté de esos problemas y, cuando bajé, se acercó uno de ellos que, con la voz embargada, me dijo que tenía recelo de haberme faltado al respeto. Yo tuve incluso que tranquilizarlo, porque noté que, si yo confirmara que me había faltado al respeto, él se rebelaba.

Las alas del cuervo de la mediocridad

Es necesario reconocer que las circunstancias internas de nuestra institución eran altamente preocupantes, debido a esas infidelidades enormes, a las pruebas y dificultades que podían fácilmente determinar el cierre del Grupo. No se puede



Ceremonial después de la comida en el Éremo de São Bento I

tener una idea de sus fragilidades, y cuántas y cuántas veces estuvo por ir cuesta abajo, por escindir internamente durante ese período.

Una de las cosas más pungentes era ver vocaciones de primer quilate de repente desmoronarse. Hubo muchas gracias recibidas en el entusiasmo de los primeros momentos, gradualmente rechazadas después, rumbo a la fosa de las almas, llamada mediocridad.

La mediocridad causaba aprensiones... no a los mediocres, porque son los únicos que se sienten seguros dentro de ella. Quien no es mediocre percibe los riesgos de la mediocridad; el mediocre, por el contrario, se instala en ella como quien está acomodado en una poltrona magnífica. Él piensa que dirige y tiene una tribuna desde el fondo de su mediocridad, y no percibe que está en un precipicio. Ese es el mediocre.

La mediocridad extendía sus alas negras de cuervo sobre el Grupo, y no se veía bien cuál era el modo de atajar esa situación.

Atmósfera “hipopotámica” de la mediocridad

Sobre la coyuntura internacional y la nacional sobrevolaba la esperanza, firme como una promesa, de que la “Bagarre” vendría, se desataría y resolvería todo. La insistencia en escudriñar todos los rincones del horizonte para ver dónde había posibilidad de “Bagarre”, equivalía a la afirmación de que los hechos, de por sí, hablaban a su favor. Sin embargo, esos no eran los únicos del panorama; ellos configuraban solamente un aspecto de este, pues lo que dominaba era más bien la idea de estabilidad.

Estábamos en el gobierno del desdichado antecesor de Carter⁴, con Kissinger⁵ como secretario de Estado dirigiendo todo. Había almas de ese género: enteramente “kissingerianas”. La *détente*⁶ de Estados Unidos con la URSS; la *Ostpolitik*⁷ de Alemania Occidental; y, además, la del Vaticano con la URSS, en pleno, caudaloso y despreocupado curso. Cuanto más ese fenómeno se ex-



Oliver Atkins (CC3.0)



Henry Kissinger (izquierda) junto a Mao Tse-Tung (derecha) y Zhou Enlai (centro), en Pekín, en julio de 1971

tendía, más parecía que la paz nos estrangulaba y las esperanzas de la “Bagarre” enrarecían.

Si el adjetivo “hipopotámico” existiera en portugués... Nuestra lengua es como el río Amazonas, que no puede ser bebido por persona alguna, ni en uno ni en mil tragos; así, no hay quien conozca la lengua portuguesa entera, y ella tiene sorpresas: de repente, tal vez encontremos en un diccionario la palabra “hipopotámico”; sin embargo, nunca la oí decir. Si ella no existe, me queda sirviendo aquí para expresar el pensamiento como está en mi espíritu.

La calma “hipopotámica” se cernía sobre la tierra, extendiéndose asquerosamente sobre ella. No era la calma de la paz, de la tranquilidad del orden, sino la euforia del desorden, riendo de los que aman el orden, como diciendo: “¿Estás viendo? Soy el desorden, y también tengo mi tranquilidad tibia, contaminada y sin fin. Voy a extenderla sobre ti como un tapete de contaminación”.

Eran los dos panoramas: el interno, con la mediocridad y las sinietras seguridades de sí mismo; y el externo, cada vez más doblándose bajo

el peso tibio y asqueroso de esa falsa tranquilidad.

Internamente, era la mediocridad de aquellos que, contagiados por la tibieza del “hipopótamo”, no querían vivir de los grandes ardores del Reino de María. E, impresionados por el marasmo maldito de esa situa-

ción externa –cuando todo el mundo estaba contento y feliz, era la “Bagarre azul”,⁸ y parecía que esa tranquilidad del desorden no se terminaría–, se dejaban contaminar y no solo perdían la esperanza de la “Bagarre”, sino también el amor a ella: “¡Ah, si tuviéramos lo tibio del ‘hipopótamo’ para calentarnos la vida entera!”

Enfriamiento del fervor por causa del egoísmo

Creo que dos o tres años antes del accidente se dio este hecho: fue publicada una noticia espantosa para aquel tiempo, de que Nixon,⁹ entonces Presidente de Estados Unidos, haría una visita a la República Popular China.¹⁰ Y eso fue un estallido en el mundo entero: “¿Por qué? ¿cómo?! ¡Un país comunista!” Nixon dio un paso maldito, realizando la visita en una atmósfera de cordialidad.

Yo hice una larga reunión demostrando la gravedad de eso. ¡Era la “Bagarre” que venía! Venía de lejos, estaba dando un paso significativo en el camino. El propio Lanus-



Mao Tse-Tung saludando a Nixon, durante una visita de este último a China, el 29 de febrero de 1972

Administración Nacional de Arquivos e Registros dos EUA (CC3.0)



Reunión de Recortes en la Sala del Reino de María, a finales de la década de 1960

se,¹¹ Presidente de Argentina, usó esta fórmula abominable: la “caída de las barreras ideológicas”. ¡Pero la reunión fue oída con un desinterés enorme! Dejé pasar una semana sin mencionar el asunto.

Había unas ventanas basculantes en el auditorio de la Sede San Milas, en la cual se realizaban las reuniones en ese tiempo. En la siguiente reunión de sábado pregunté: “Ustedes oyeron la reunión pasada con un desinterés notable. Propongo un asunto, respóndanme con toda franqueza. Si mientras yo hablaba, entrara un gato a través de ese basculante y saltara en mi mesa, ¿qué llamaría más la atención y comentarían más: el caso Nixon o el gato?”

La gran mayoría optó por el caso del gato... Eso representaba muy bien todo el enfriamiento de aquella gente, en su casi totalidad correcta, recta, pero completamente enredada en su propio egoísmo. Cuando dejamos que el egoísmo se forme en

el alma, nace como una enredadera enroscada en un árbol: este crece y aquella lo hace al mismo tiempo, asfixiándolo. El árbol es la vocación, la enredadera es el egoísmo que agarra y acompaña exclusivamente el propio interés. ¡El árbol cada vez se vuelve más delgado y la enredadera gruesa! ¡Es fatal!

La “*Bagarre*” era anunciada con insistencia, para mostrar la posibilidad de que ella explotara y para darnos el consuelo de esa esperanza de que en breve Nuestra Señora habría de intervenir, alejando el “hipopótamo”.

El sentido de la Reunión de Recortes² era para dar este aviso: “No os engaños, porque la ‘*Bagarre*’ viene y juzgará vuestra mediocridad. Ella ya está en los confines del horizonte: ¡está aquí, allá y más allá! He aquí tal gesto que hace sentido con tal exclamación, con tal acontecimiento, con tal previsión. Ved el cuadro en lo tibio y en lo contaminado de ese aire sucio que la respiración

del ‘hipopótamo’ crea en torno suyo. ¡Fijad la vista y percibiréis la ‘*Bagarre*’ que viene con su espada de justicia! ¡Oh, prestad atención, este es el sentido de esta insistencia!”

Yo no estaba llamando la atención hacia un peligro imaginario: era un peligro real que hacía parte del horizonte.

Nuestra Señora parece alejarse

Lo que me sustentó durante todo ese tiempo fue la “gracia de Genazano”. Y hasta tal punto que mi salud, en vez de ir cuesta abajo como en 1967,³ se mantuvo tan razonablemente, que pude soportar de modo bien gallardo, tomando en consideración mi edad, la catástrofe del accidente que vendría.

Pues bien, en nuestra vocación existe un vaivén y una prueba axiológica de que las cosas aparentemente no salen bien. Eso tiene una impor-



El Dr. Plinio y algunos miembros del Grupo reciben en el aeropuerto a la Sagrada Imagen, en 1974

tancia fundamental, inclusive para que preveamos la “*Bagarre*” y lo que nos puede suceder durante ella.

Un ejemplo de eso: yo había hecho todo lo posible para que viniese la Sagrada Imagen,¹⁴ y corrió todo bien en su primera visita. Al fin, llevado por el discernimiento de los imponderables, tenía la certeza de que la Sagrada Imagen volvería.

Cuando la Imagen vino por segunda vez, ocurrió un primer hecho que me dejó desconcertado: ella, poco a poco, se fue atollando en la frialdad general, perdiendo la expresión, quedando completamente átona, apagada, como si no fuese nada. Y presencié la disminución del fervor del Grupo hacia ella.

Unos meses antes del accidente, la Sagrada Imagen comenzó a no comunicarme más ninguna expresión y, más aún, el cuadro de Genazzano, que nunca había dejado de serme ex-

presivo, también se apagó completamente para mí. Del lado intelectual evidentemente no, ipero sí del lado sensible, el cual tiene una importancia muy grande! Porque en este caso no se trata de nuestra sensibilidad común y corriente, sino de una manifestación de la gracia sobre los sentidos del alma. Es una acción de Dios, por lo tanto. Cuando el alma deja de percibir esa acción divina, evidentemente pasa en ella una depauperación muy grande, por lo menos aparente.

Otra luz tan expresiva para mí también se apagó. Era relacionada con Nuestra Señora del Buen Suceso, con respecto a la cual tantas veces yo pensaba: “Aquí hay algo para mí, para mi vocación, que yo no percibo qué es, pero veremos”. Sin embargo, en medio de tal decadencia del Grupo, ella estaba de igual modo enteramente inexpresiva.

Vino el accidente de automóvil, con todas las incógnitas que trajo... ❖

1) El 16 de diciembre de 1967, durante la crisis de diabetes que lo había asaltado gravemente, el Dr. Plinio recibió de un amigo procedente de Italia un cuadro de Nuestra Señora del Buen Consejo de Genazzano. Al fijar la mirada en la estampa, tuvo la inesperada impresión de que la figura de la

Santísima Virgen, sin cambiar en nada, le expresaba una maternal dulzura, confortándolo e infundiendo en su alma la convicción de que no moriría sin haber realizado su propia misión.

2) Ver Revista Dr. Plinio, No. 84, abril de 2025, capítulo 5.

3) Del francés: conflicto desordenado y profundo. Palabra usada por el Dr. Plinio para referirse al gran castigo de Dios a la humanidad, si esta no se vuelve hacia Él, profetizado por Nuestra Señora en Fátima.

4) Gerald Rudolph Ford (1913-2006), precedió a James Earl Carter Jr. en la Presidencia de Estados Unidos.

5) Henry Kissinger (1923-2023), Secretario de Estado y Consejero de Seguridad Nacional de los Estados Unidos durante los gobiernos de Richard Nixon y Gerald Ford (1969-1977), pionero en la política de la *détente*.

6) Del francés: distensión. Término usado para designar el período en el cual hubo una distensión en las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, durante la Guerra Fría.

7) Del alemán: Política del Este. Término usado para describir los esfuerzos para normalizar las relaciones de Alemania Occidental con la República Democrática Alemana y los países del este europeo, subyugados por el comunismo.

8) La expresión “*Bagarre azul*” alude al estado de espíritu surgido en la época del desarrollismo brasileiro, en el cual, inclusive en medio del caos, las personas se dejaban engañar por la prosperidad y por el avance de la industrialización.

9) Richard Milhous Nixon (1913-1994).

10) Viaje realizado en febrero de 1972.

11) Alejandro Agustín Lanusse Gelly (1918-1996).

12) Conferencia en la cual el Dr. Plinio comentaba los acontecimientos más recientes ocurridos en Brasil y en el mundo, tomados de periódicos.

13) Cuando fue acometido por una fuerte crisis de diabetes.

14) Imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima que derramó milagrosamente lágrimas en Nueva Orleans, Estados Unidos, en 1972.



II

SED DE ALMAS

A fin de alcanzar de Nuestra Señora gracias especiales y eficaces para aquellos que lo seguían, el Dr. Plinio se ofreció como víctima expiatoria, siendo en poco tiempo aceptado por la Providencia.

Conociendo perfectamente el origen de esa crisis, traté sobre eso con algunos miembros del Grupo en conversaciones personales más que en reuniones colectivas, porque en estas, aquellos a quienes incumbía prestar atención, no lo hacían.

¡Que esos hijos sean salvados!

Sin embargo, había mucho de bueno –aunque empolvado y sucio– dentro del alma de ellos, y yo quería pedir a Nuestra Señora que tuviese la bondad de volverlos a erguir.

Entonces pensé: pedir eso a Nuestra Señora es fácil, pero yo no confío en el valor de mis oraciones. Lo que puedo hacer es ofrecer un sacrificio y, por su valor, obtener que esos hijos, que no son hijos de la admiración, o, si lo prefieren, son hijos de la admiración de las cosas del demonio, sean rescatados y salvados.

El discípulo debe ser como el maestro y, siendo Nuestro Señor nuestro Maestro, debemos tener sed de almas como Él. Yo tenía sed de almas; sobre todo, de las almas de la TFP. Viendo que estaban en un período de depresión, de falta de entusiasmo y vitalidad, me ofrecí en esa ocasión para lo que Nuestra Señora quisiera, a fin de evitar un gran número de defecciones.

Archivo Revista



El Dr. Plinio en 1973



Oración en el Huerto –Convento del Espíritu Santo– Toro, España

Flávio Lourenço

Flávio Lourenço



Una moción interior

El ofrecimiento hecho por mí tuvo un antecedente sin mucha importancia, pero lo narro para que todo quede claro.

Antes de la muerte de mi madre¹ –unos diez años antes de mi accidente–, yo recibí la “gracia de Genazzano”, la cual me trajo una gran distensión, una tranquilidad única. Inclusive en las situaciones más críticas, esa gracia hizo que fuesen suaves como el algodón.

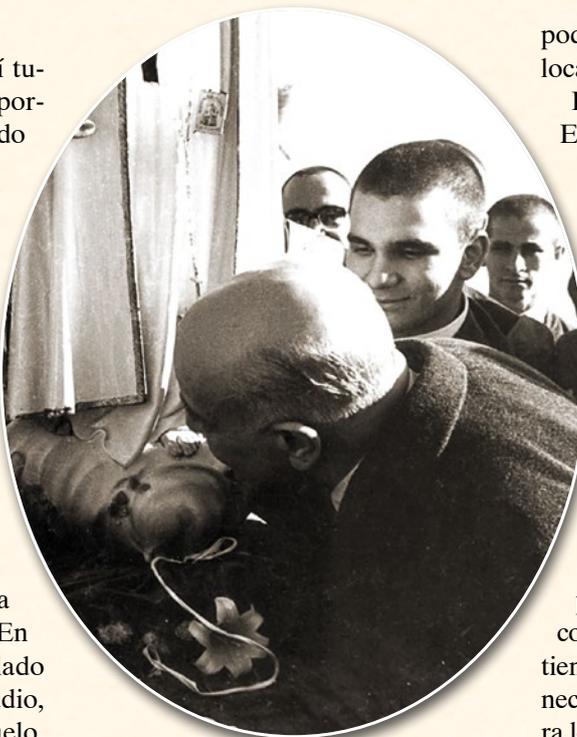
Me acuerdo que cierto día yo estaba viniendo del Monasterio de la Luz en carro, pasando por aquella plaza que queda antes del Estadio Pacaembú. En una esquina de la avenida, al lado derecho de quien va hacia el estadio, hay una casa baja, al nivel del suelo. Yo había terminado las oraciones y, más o menos a la altura de esa casa, iba reflexionando lo siguiente:

“Algo no está corriendo bien conmigo, porque no estoy sufriendo y debo sufrir. Evidentemente, no puedo sufrir en las proporciones que sufrí antes de la “gracia de Genazzano”. Pero estoy acabando por llevar una vida inútil, porque hace casi diez años siento esta suavidad. Durante algún tiempo, para rehacerme, está bien, pero, además, ¿dónde queda el holocausto?”

Sufrir por aquellos que no querían sufrir

Naturalmente, yo podía ofrecer mi vida para el bien de nuestra Causa.

Por otro lado, yo sabía, y tengo certeza de que fue comunicado por Nuestra Señora, que Ella me mantendría vivo hasta que yo cumpliera mi misión. O sea, Nuestra Señora no quería la supresión de mi existencia; si Ella la quisiera, yo la habría entregado y, por lo tanto, no sería serio que yo ofreciese el sacrificio de mi vida, pues era poner en du-



El Dr. Plinio se despide de la Sagrada Imagen, el 13 de mayo de 1973

da su palabra, y estaría en contradicción con la “gracia de Genazzano”. Yo temía que, caso lo hiciera, cometería una infidelidad a esa gracia y, por castigo, Nuestra Señora me llevaría. Yo entonces no debería ofrecer la vida, sino un holocausto. ¿Qué

podría ofrecer? ¿Cuál sería ese holocausto?

Entonces le ofrecí aquello que Ella podría aceptar: que me sucediera alguna gran desventura que me hiciese sufrir mucho, pero compensara el déficit existente; y que ese sufrimiento fuera aceptado y padecido por mí, en reparación por aquellos que no querían sufrir.

Al hacer el ofrecimiento, no se me ocurrió un accidente de automóvil, pues nunca había imaginado que me pudiera suceder que quedara herido y roto físicamente como quedé, pero le pedí a Nuestra Señora que hiciera conmigo lo que quisiese, como quien tiene dinero en el banco: saca lo que necesita. Que Nuestra Señora sacara lo que Ella quisiera de ese modesto banco llamado Plinio Corrêa de Oliveira: “Haced lo que os parezca mejor”. Lo dejé en sus manos.

Claro que, quien ofrece lo más, ofrece lo menos, y quien estaba dispuesto a ofrecer su vida, en todo caso estaría dispuesto a ofrecer lo menos. Además, tendría la relativa y pobre ventaja de conciliar las dos cosas: la vida más el sufrimiento.



El Dr. Plinio a mediados de la década de 1970

“Madre mía, os ofrezco este sacrificio”

Eso no pasó únicamente entre Nuestra Señora y yo, sino yo no lo contaría. Me acuerdo muy bien que el sábado anterior al accidente –que fue un lunes–, en una conversación entre algunos amigos, miembros del Grupo, en el saloncito azul de casa, en el *Primeiro Andar*, considerábamos las circunstancias generales internas y externas al Grupo y comentábamos la situación peligrosa en que estaba la TFP. Yo entonces dije, en términos más o menos explícitos, no me acuerdo bien, que era necesaria una expiación, porque el Grupo estaba en tal posición de tibieza y me parecía tan difícil cambiar esa mentalidad, que de hecho sería solo una persona ofreciéndose como víctima expiatoria para enderezar las cosas, obtener el perdón de ese estado de espíritu y su apartamiento de nuestro camino.² De lo contrario, aquello se desmoronaría, y la tristeza de las tristezas sería que el descoloramiento del Grupo fuera no como el de un campo sobre el cual pasa una nube que lo oscurece transitoriamente un poco, sino como el de un campo que va derivando y hundiéndose en el barro. Era necesario evitar eso.

Todos oyeron, pero nadie dijo: “Yo lo hago”. Me dejaron caminar solo.

No me acuerdo si dije a mis amigos, pero mientras yo hablaba, pensé conmigo mismo: “Está bien, si crees que eso es necesario, ¡entonces comienza por ofrecerte tú mismo! ¿Por qué otro? ¿Por qué no tú? A nadie le parece bonito que otro haga el sacrificio, si no tiene coraje de hacerlo él mismo. Entonces, ahora ofréctete, ¡quiero ver tu valentía! Si tú eres el jefe, el primer responsable eres tú, ¡y si para alguna cosa tienes que ser jefe, selo para eso! ¡Salta dentro del calderón tú mismo!”

Esa fue mi impresión. Es el diálogo violento de un hombre consigo



Salón Azul del apartamento del Dr. Plinio

mismo. La violencia que se tiene con los que desobedecen la voluntad de Nuestra Señora debe comenzar por nosotros mismos. El hombre que no es violento contra sí mismo, no tiene derecho a ser enérgico contra los otros, ni tiene la seriedad de alma por la cual los otros lo toman en serio.

En efecto, el mediocre, tan imprevisor, tonto y despreciable que no ve el asedio de los peores adversarios, siente cuando está tratando con un alma seria y capaz de practicar violencias contra sí misma: pero también siente cuando está tratando con otro mediocre. Delante del alma seria, él queda un poco intimidado; frente a otro mediocre, ellos se miran como colegas y fingen mudamente uno al otro, son amigos...

Eso es un estímulo, de paso, para que no nos hagamos ilusiones y sepamos ser enérgicos con nosotros mismos.

No llegué a hacer un acto formal ni una oración especial en ese momento, pero durante la conversación yo dije interiormente a Nuestra Señora: “Madre mía, yo os ofrezco este sacrificio”.

E incluso comenté con ellos: “Si yo llego a fallecer, diez minutos después de haber muerto, alrededor mío estarán haciendo mundanismo con personas de mi familia y con otros que eventualmente vengan”.

No insistí en el asunto, me despedí de todos. Era tarde, fui a dormir tranquilo, los otros también se dispersaron y yo no tomé ninguna otra deliberación explícita a ese respecto.



Presentimiento de una tragedia

Pasé un domingo común y, al día siguiente, imuchos factores llevan a creer que Nuestra Señora aceptó el sacrificio!

Me acuerdo muy bien que el lunes salí de casa alrededor de las nueve de la mañana, con una pequeña inseguridad que no es común en mí. No viajé directamente, pues antes de partir para el Éremo del Amparo de Nuestra Señora,³ donde iría para escribir un trabajo, yo tenía que decir una palabra muy rápida a un miembro del Grupo que en aquel momento estaba en el Éremo de Nuestra Señora de la Divina Providencia. Combiné con él para encontrarnos en una callejuela de Perdizes,⁴ cerca del éremo, en una especie de *belvedere*, desde donde se tiene una visión del barrio. Bajé del automóvil – en ese tiempo yo estaba comenzando a usar mi Mercedes *bordeaux*–, y anduve un poquito con él de un lado a otro, tal vez unos diez minutos, conversando, combinando unas cosas. Después me despedí de él y entré en mi carro para ir a Amparo.

Me acuerdo que estaba con mucho sueño y, al entrar en el vehículo, se dio un hecho curioso: yo, que venía bajo la sombra del *lumen* de Ge-

nazzano y de Fátima que se retiraban, no estaba pensando en el ofrecimiento que había hecho. Me asaltó una duda: “¿Me siento atrás o adelante?” Pensé: “Es más contrarrevolucionario ir atrás”. Pero después reflexioné: “Estoy tan abatido, tan cansado y tan probado. Yo viajo con más comodidad adelante.”

Me vino a la mente lo siguiente: “Voy a dormir y este automóvil de repente sufre un choque –nunca tuve miedo de eso– y me coge durmiendo. Si me siento adelante, puedo ser liquidado. Sería más prudente quedarme en la parte de atrás, que es menos peligrosa para un accidente, y no dormir, porque, si hay un accidente, me protegeré y me defenderé mejor.”

Después pensé: “¡Andando! Eso son sueños, no puedo dejarme llevar por simples impresiones. Esos pronósticos puede que no quieran decir nada. No hay ninguna razón para pensar en un accidente más especialmente que en otra ocasión. Lo razonable es ir adelante, es dormir. Entonces, voy adelante y voy a dormir”.

Y me senté donde voy siempre cuando viajo, al lado del *chauffeur*. Si decidiera ir atrás, habría tenido lástima del joven que estuviera adelante, pero en cuanto a mí, me habría salvado.

Cuando partí, tuve la terrible impresión de que iba a hundirme en un

peligro muy grave. Y pensé: “Siento una dilaceración y que algo me está llevando hacia una tragedia; no sé qué es. ¿Será pura imaginación o una fantasía?” Pero hice eso a un lado.

A veces las personas tienen presentimientos siniestros, que después no se verifican, eran meras impresiones; conmigo ya sucedió dos veces respecto de otras circunstancias.

Rezamos las oraciones comunes del trayecto, el automóvil siguió, y a cierta altura de la salida de São Paulo, después de entrar en la carretera, me dieron ganas de dormir. Incliné el banco para estirarme y me dormí.

Esos fueron los presentimientos que tuve antes del accidente.

Consumación del ofrecimiento

Yo solo recuperé la conciencia cuando estaba en el hospital de Jundiaí, todo roto, destrozado, recibiendo las primeras curaciones. Únicamente me quedó la idea de haber visto rápidamente un camión muy alto que colisionaba contra nosotros.

Mi hermana, su hija y su nieto recibieron la noticia del accidente y viajaron de São Paulo a Jundiaí para estar conmigo. Supe que había caído una lluvia tremenda sobre la ciudad, como un verdadero diluvio. Fue tan fuerte, que ellos se vieron obligados a parar el automóvil y se queda-



Carro del Dr. Plinio después del accidente, el 3 de febrero de 1975

ron dos horas en la carretera esperando a que lluvia disminuyese, porque era una locura continuar. Eso fue una señal de tragedia, una cosa horrosa.

Cuando me encontraba en el suelo, estaba desmayado. Me dijeron que, al ser llevado al hospital de Jundiá, yo tenía cierto conocimiento de mí mismo, pero solo me acuerdo de destellos. Perdí de nuevo los sentidos y solo desperté cuando entré en el hospital de São Paulo, donde comencé a percibir algo y vi a algunos antiguos miembros del Grupo que me esperaban en la parte exterior del hospital para saludarme. Entonces los reconocí y les dije unas palabras. Pero poco después perdí el conocimiento otra vez.

El accidente había ocurrido, todo había pasado, todo se había liquidado, todo había redundado en este resultado: años de muletas o silla de ruedas, con varias otras secuelas realmente muy pesadas, de diversos órdenes, hasta cosas pequeñas que siguieron como consecuencia de la operación... Comenzó ahí una serie de padecimientos mucho mayores de lo que yo imaginaba. ¡Una verdadera barbaridad! De aquí en adelante, ¿cuánto tiempo restará? Dios sabe.

Un hombre de admiración

No se puede negar que el holocausto ofrecido por mí fue muy bueno para el Grupo. Nuestra Señora me dio la gracia de hacer eso porque procuré, durante la vida entera, ser un hombre de admiración.

Yo designo como hombre de admiración no a un hombre admirable,



Hospital de Caridad de San Vicente de Paul, Jundiá, donde el Dr. Plinio fue socorrido

hecho para ser admirado o que merece admiración, sino a un hombre que es hecho y vive para admirar. Y como yo era así, Nuestra Señora me dio bastante admiración por la Iglesia, por la Causa Católica, por la Cristiandad, por la Contra-Revolución, para que yo quisiera exponerme a ese lance por entero. ♦

gran devoto de esa santa y pasó a admirar en ella el carácter expiatorio de su misión. Como otras almas contemplativas, ella se ofreció a Dios por los pecadores, a fin de que estos se salvaran, y para que los planes de la Divina Providencia se realizaran de modo pleno.

- 3) Localizado en el municipio de Amparo, Estado de São Paulo.
- 4) Barrio noble de la ciudad de São Paulo.

- 1) Ocurrida el 21 de abril de 1968.
- 2) Décadas antes, habiendo tomado conocimiento de la vida de Santa Teresita del Niño Jesús, el Dr. Plinio se hizo



Detalles del carro del Dr. Plinio después del accidente, el 3 de febrero de 1975





III

EN MEDIO DEL APARENTE DESMENTIDO DE LA PROMESA UNA CONFIANZA INQUEBRANTABLE

Del conjunto de infortunios que tuvo que sobrellevar el Dr. Plinio, ninguno lo preocupó tanto como el de la insensibilidad con relación a las promesas de Nuestra Señora. Ahora bien, la misma mano virginal de María que parecía distanciarse, en realidad, lo sustentaba en la prueba y la aridez.

La probación era colosal. Al volver a estar consciente, más establemente, me vino a la mente toda la proble-

mática de lo sucedido. Me hice dos preguntas, que no expuse a terceros por desconfiar que no me responderían con veracidad. Primera: “¿Qué

restaba físicamente de mí?” Segunda: “¿Cuál sería la razón del accidente?”

Análisis de mi estado general y del trauma físico

Me di cuenta de que mis dos manos estaban heridas seriamente, envueltas en fajas de vendas y mis brazos, sujetos por yesos. Por lo tanto, estaban rotos. La comida me la dispensaban los enfermeros directamente en la boca, como a los niños.

En una de mis piernas sentía algo muy extraño. No me lo contaron entonces, pero habían realizado una operación en esa pierna izquierda, para colocar un clavo de hierro que la atravesaba de lado a lado y me impedía el movimiento. Fui condenado a estar dos meses acostado en una cama, sin poder moverme, la cadera fracturada y el aviso de los médicos: esa inmovilidad podría causarme una neumonía.

Archivo Revista



El Dr. Plinio en el cuarto de Doña Lucilia, durante su convalecencia

Me acuerdo de un día en el que los reporteros querían tomar fotografías. Me sentía un gusano, acostado en la cama, todo malherido y escondiendo el infortunio, para no ser fotografiado.

El régimen de alimentación, severo. No me faltaba nada de lo que aborrecía. El trauma de un accidente físico es tremendo.

Había pasado algo muy grave. Comencé a prestar atención en el corazón y en los órganos de la caja torácica, me di cuenta de que estaban en perfecto orden y pensé: “Gravísimo no fue, si lo de la caja torácica funciona bien, por causa de piernas y brazos, nadie pierde la vida. Hay condiciones para continuar viviendo y eso es lo esencial”

El aliento se apartaba...

¿Cuál sería la causa de esa situación? No recordaba qué había sucedido, cómo fue el accidente y no pude preguntar. Cuando me recompu-se, la primera preocupación que me asaltó, en el hospital y después en la casa, fue el apagamiento de las imágenes de Nuestra Señora de Genazzano y la Sagrada Imagen de Fátima.

Promesa, para mí, la de Genazzano. La gracia obtenida por Nuestra Señora bajo esta advocación, tenía imponderables que me daban a entender: si le sobreviene una probación muy grande, yo recibiría alguna señal que ese sufrimiento era enviado por Ella. ¿Ahora bien, donde está la tal señal de la Providencia? ¡Ninguna! Cero.

Con esto, aparecía la probación: “¿Cómo queda la protección



Cuadro de Mater Boni Consilii colocado encima de la cómoda, ubicada frente a la cama del Dr. Plinio, en su apartamento

de Nuestra Señora de Genazzano?” Ella, la protectora, la que arregla todo...y yo, en esta tragedia. Y aquella gracia, aliento contra las angustias durante varios años, como qué, se apartaba de mí...Lo que aparecía no eran señales de esperanza, sino de cólera.

Pusieron en mi cuarto en el hospital la Sagrada Imagen de Fátima, que en esos momentos estaba en la ciudad de São Paulo. Era una muñeca de barro para mí, sin ninguna expresión. Los otros la miraban y se conmovían; ella a mí no me decía nada. Todo era negativo.

Comulgaba y rezaba, como era mi costumbre, sin embargo, las imágenes de Nuestra Señora no tenían ninguna comunicación conmigo. Entonces, hice el siguiente raciocinio: “Al final de cuentas, con

Genazzano recibí una gracia, pero no por eso tengo el derecho de considerarla indiscutible”.

“Una de dos: fue una ilusión, pero no estoy convencido que lo haya sido, o entonces, prevariqué en algo y la promesa de Genazzano no se realizará. La señal es: el despedazamiento completo del Grupo por un lado y, por el otro, yo en este estado.”

El gran problema para mí era ese y, en consecuencia, el cumplimiento de mi vocación. Si me operaban o no, si quedaba cojo o manco, si me cortaban la pierna o no, si el brazo paralizado se enderezaría, eso, forzosamente me venía al espíritu, pero no era el gran problema para mí.

Discreta sonrisa de la Virgen de Fátima

Cierta vez, estaba acostado en mi cama, haciendo una oración en medio de una gran aridez, delante de un póster de Nuestra Señora de Fátima. Dije a Nuestra Señora que, a pesar de la insensibilidad total y el entero silencio de Ella, le ofrecía lo que quisiera; pero le pedía, si era su voluntad, que remediasse la situación y, sobre todo, que impidiese que se agravara.

El póster continuó exactamente como estaba, pero en un cierto momento de la oración, me pareció que Ella sonreía un poco y me decía: “Usted tendrá su periodo abreviado”. Fue mientras recitaba: “*Si quæris Cælum, anima, Mariæ nomen invoca*”¹ En esa simple poesía tan popular, bonita, la consonancia fue: “Si usted quiere paz, un Cielo para su alma, a pesar de todo, invoque el nombre de María”.



El Dr. Plinio en el cuarto de Doña Lucilia, durante su convalecencia

El Sr. João Clá estaba con alguien más, a un lado fuera del cuarto, observando, y me dijo que ambos notaron que algo estaba sucediendo conmigo. Él permaneció afuera, y el otro entró preguntando si había sucedido algo. De hecho, esa estampa me auxilió enormemente en el momento más crítico de mi probación.

Hechos que preanunciaban un supuesto castigo

Un bello día, conversando con alguien en mi casa, esa persona me comentaba que, en ese periodo, hubo varios hechos impresionantes con imágenes pertenecientes al Grupo: un cuadro de Nuestra Señora del Buen Consejo se desprendió y cayó de modo insólito en el Auditorio San Miguel, rompiéndose el vidrio con estallido; otro hecho análogo sucedió en otra Sede. En dos capillas de nuestra Sedes hubo incendios; en una de las Sedes, una

imagen de Nuestra Señora quedó afectada.

Esa persona no conocía lo de mi aridez y sequedad por las cuales estaba pasando en relación con las imágenes, ya que no se lo había contado a nadie, y no se daba cuenta que, con su relato, más agravaba mis preocupaciones. Me preguntaba: “¿Qué habrá sucedido? ¿Será una maldición? Quién sabe si todo eso es un castigo y el culpable soy yo”. Me daba la impresión de cólera, y me causaba pavor y terror.

Cierta noche, sucedió un hecho aún más trágico.

Noches interminables de insomnio

Coloqué una cama en el cuarto de mi madre para dormir, debido al ruido en la calle, y a la cabecera estaba colgado un cuadro de Nuestra Señora de Genazzano. Uno de mis tormentos en esa situación era que no podía conciliar el sueño durante la noche y dormía durante el día.

En la noche, permanecía en la oscuridad, sin poder moverme ni llamar al enfermero, debido a que tenía los brazos inmovilizados. No podía maniobrar una campanita o encender una luz. Además, no quería que me vieran despierto, para no incomodar a nadie.

No podía ni lograba leer alguna cosa, con el choque de automóvil se me desequilibró la visión, y me quedó un cierto estrabismo que me dificultaba la lectura; los lentes no me servían, necesitaba un reajuste de lentes, pero no podía ir al optómetra... De manera que no podía hacer nada, únicamente dejar que el tiempo corriera en el tedio, en la inmovilidad, con las dos manos en cabestrillo, una pierna extendida. Eran noches en que oía tocar el cucú del reloj, anunciando la lenta ronda de las interminables horas danzando alrededor mío.

Perspectivas de un trágico y amenazante aviso

Durante una de esas noches de insomnio, de repente, escucho un fuerte ruido, y me doy cuenta de que, entre la pared y el espaldar de mi cama, estaba el cuadro de Nuestra Señora de Genazzano, se había caído estrepitosamente; se trataba del mismo cuadro que me había sonreído por ocasión de mi anterior enfermedad. Era tarde y no quise incomodar mi enfermero, que estaba descansando en un cuarto vecino al mío. Entonces, dejé pasar.

No tenía explicación para el hecho; en la calma de la noche no hubo el menor terremoto, ningún camión pasó por la calle de al lado, no sucedió absolutamente nada. Procuré recordar cómo estaba suspendido el cuadro en la pared; si estaba sujeto por un cordón, podría ser una casualidad, una coincidencia, pues el marco era muy pesado, ya que lo había hecho revestir el lado de atrás

de una lámina doble de madera, por razones prácticas, para evitar daños eventuales. Entonces, quién sabe si el cordón estaba gastado, quizás muy delgado, frágil, y se rompió.

Pero no, recordé que mi hermana, por ocasión de una reforma en la casa, había recomendado colocar alambre en todos los cuadros, por ser más resistentes que las cuerdas. Por eso, si el cuadro estaba colgado sobre alambre, no había razón para que se cayera, el peso no sería suficiente para romperlo. Por lo tanto, su ruptura sería un fenómeno inexplicable, una especie de milagro amenazador, funesto, una señal más de cólera de Dios, una clara manifestación del desagrado de la Virgen de Genazzano, que se expresaba de esta manera. Tuve la siguiente impresión: “Esto es un aviso. ¿Será un castigo? He desagradado en algo a Nuestra Señora, Ella me castiga por esa retracción y me avisa: tus actuales disposiciones no han de mejorar, serás arrasado, y no se cumplirá lo que esperas...”

No logré dormir, aquella duda en mi cabeza era una aflicción más y pensaba: “Es preciso aguantar esto con calma, para que no me haga mal a la salud, que debo conservar cueste lo que cueste, para seguir en la lucha: entonces, silencio.”

Esa noche la pasé, digamos, afligido, pero muy tranquilo, a pesar de todo lo que ya he comentado. Imposible imaginar, para una persona en las condiciones que yo estaba, el aguantar una noche de esas con calma. Las horas transcurrieron... Por fin amaneció y entraron con el desayuno, entonces aproveché para que vieran qué había sucedido.

– Mire un poco cómo se habrá roto el alambre, detrás de la imagen.

La persona fue a examinar y con cierto alivio, dijo:

– No tiene alambre, es un cordón.

– ¿Pero, cordón? ¿No tiene alambre?

– No.

Y de hecho, me mostró el cordón plástico desgastado por el tiempo y roto por la acción del peso del cuadro. Verifiqué de todas maneras y era así, tal cual. ¡Qué alivio! Al menos esto me dio un poco de sosiego. No era un aviso trágico. Nuestra Señora había incluso permitido que la perspectiva de ese aviso cayera sobre mí, estando en aquellas condiciones terribles.

Durante esa misma noche, había raciocinado: “Ella es Madre de Misericordia y la oración del *Memorare* dice que sea quien sea la persona que le rece a Ella pidiendo un auxilio, por más desvalido que sea, será atendido. Ella ha de tener misericordia y no habrá olvidado la promesa que me hizo; ya es una gracia el recordar la promesa. Si Ella me da esta gracia de acordarme de la promesa es porque Ella no ha que-

rido cancelarla. ¿Qué debo hacer, entonces, para servirla? Hacer lo posible por conservar mi vida y para eso, colaborar con la esperanza. Luego, continuaré confiando. En qué, no sé, pero manteniéndome sereno y con confianza, como si la gracia de Genazzano no hubiese sido desmentida”.

Aunque ya no tuviera una razón tan firme para creer en ella, quedaba un fragmento de razón, pero solo eso. Y por la mañana todavía pensé: “Y el régimen de Genazzano que continúa: es el apuro delante del cual uno se restriega y parece reventarse, pero después tiene una explicación.”

1) Del latín: “Si quieres el Cielo, ¡oh alma!, invoca el nombre de María”.
Salmos Responsoriales del Nombre de María.



El Dr. Plinio delante de la Sagrada Imagen de Fátima, en su apartamento. 9 de Abril de 1975



IV

¡AUNQUE CAMINE EN EL VALLE DE LA MUERTE, CONFIARÉ EN TI!

A veces, Nuestra Señora parece eclipsarse, pero tal como en la vida del Dr. Plinio, es en los momentos de mayor aridez que Ella se hace más presente, dando fuerzas y serenidad para enfrentar todas las dificultades.

Fui mejorando gradualmente. Finalmente, me fue posible levantarme de la cama, pasando a la silla de ruedas.¹

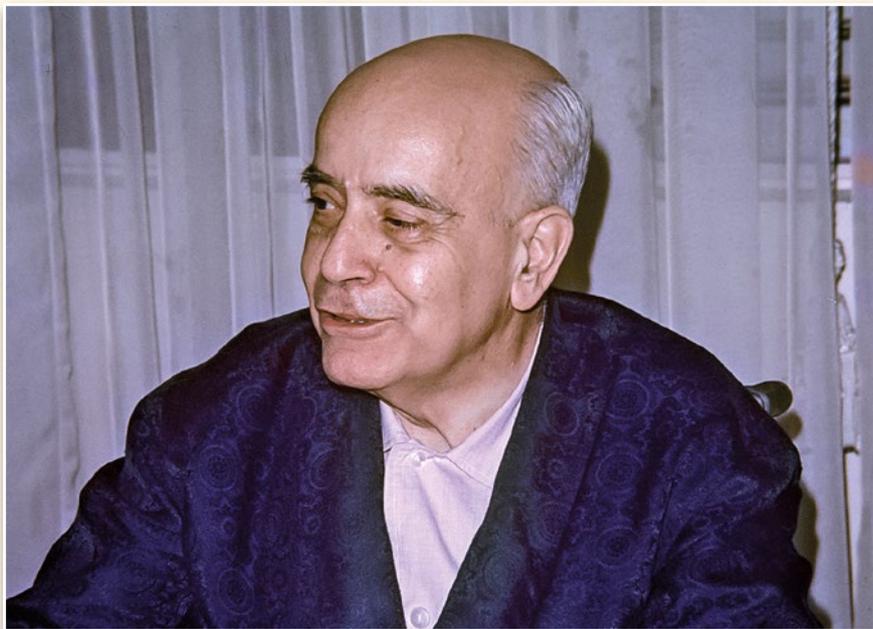
Primera salida: al oftalmólogo

Cierto día me llevaron a mi oficina y me sentaron en el sofá. La impresión que yo tenía, cuando estaba en la cama, era de que, cuando llegara el momento de levantarme, podría moverme como cualquiera. Pero no sé qué efecto produjo la inmovilidad en mis músculos, que me sentí como una momia egipcia enteramente atada de arriba abajo, de modo que no podía ni siquiera cambiar de posición.

Poco a poco me preparaba para comenzar mi vida normal. Para mí sería una verdadera alegría poder salir en automóvil, cosa a la que aspira intensamente quién estuvo enfermo, sobre todo con la pierna y el brazo estirados en posición *trogodítica*, durante dos meses.

En la primera vez que quise salir de casa, quise ir a un oftalmólogo y, con base en los exámenes mandar a hacer los anteojos adecuados para poder retomar las lecturas.

Si hay algo apacible en el mundo es la visita a un oftalmólogo, pero fui con miedo por la siguiente razón: toda la vida tuve pánico, horror a la inyección en los ojos. Fui formado por



Archivo Revista

El Dr. Plinio el 9 de abril de 1975, fecha en que se levantó de la cama por primera vez después del accidente.



El Dr. Plínio comiendo el 9 de abril de 1975

la falsa idea de que los ojos son más o menos como un huevo: que si alguien mete un alfiler, se derrama todo lo que hay en el globo ocular, el ojo se marchita y la persona queda ciega.

Llegué al oftalmólogo cargado, todavía enyesado por completo. Le expliqué lo que tenía y él inmediatamente le pidió a la secretaria que trajera algunas jeringas para colocar una inyección.

Ella volvió con una bandejita, con un mantelito lo más adornado posible –todo bien arreglado como si fuera para servir dulces en una *bon-bonnière* para que yo comiera– y encima había cinco jeringas. El médico me avisó que era necesario aplicar una inyección en mi vista.

Yo tuve que contenerme, y pensé: “¿Dios mío, una más!?” No pregunté por qué y le pedí que lo hiciese de inmediato.

Tuve la impresión de que desfallecería. Pero, de repente, gracias a Nuestra Señora, en aquel momento me invadió una fuerza muy grande, tuve una tranquilidad extraordinaria para enfrentar eso. Con una calma que yo nunca había imaginado, dejé que el médico metiera la aguja en mi ojo. Las inyecciones eran mucho más inocuas que lo que yo pensaba.

Injectó un líquido, no en el globo ocular, sino en el canal lagrimal de cada ojo, hizo ahí todo lo necesario para ver si estaba obstruida la salida de las lágrimas; y yo me di cuenta que el agua que salía de la aguja pasaba por el canal y corría por la cara. Al sacar la aguja, me dijo que había aplicado la inyección para ver cómo estaba el conducto. En caso de que este tuviera un poco de polvo del camino o cualquier otra cosa, sería necesario hacer una operación en el canal lagrimal –no era exactamente en el ojo– para sacar ese

corpúsculo; sin embargo, se encontraba completamente desobstruido.

Un gran padecimiento

Todas las mañanas yo mandaba que me leyeran el diario. En aquel día, antes de salir para el oftalmólogo, tomé conocimiento de una pequeña nota publicada con respecto a un comienzo de estruendo² contra la TFP, en Rio Grande do Sul. Por el modo como la noticia era dada, sentí que una campaña, como una especie de estampida colosal, estaba viniendo encima de nosotros.

Fui al médico mucho más preocupado con el estruendo que con el estrabismo que, en fin, se corregiría de un modo o de otro. Y cuando mi auto llegó al consultorio, me acuerdo que estaba razonando esto: “La noticia de hoy a la mañana es tal, que se diría que está viniendo un estruendo de grandes proporciones”. Volví a casa y pasé todo el día en la expectativa de la publicación del día siguiente.

De hecho, a partir de ahí comenzó la golpiza. Se desató un estruendo horroroso, de arrasar, el más impresionante que hubo contra el Grupo hasta hoy. Y el mayor sufrimiento no fue el accidente sino el estruendo, tal vez el mayor padecimiento de mi vida, de contorcerme de dolor, espiri-



Noticias relativas al estruendo publicitario promovido contra la TFP, en 1975



tualmente, como un gusano, ¡una cosa horrible! Yo, con el peso de los restos del accidente y de otras cosas que me iban cayendo encima. Además de eso, viendo aquella modorra e indiferencia en el Grupo.

A partir de ahí comenzó una serie de medidas persecutorias. El momento más trágico fue cuando se inició un movimiento pidiendo que el Grupo fuera cerrado. Yo comencé entonces a tomar providencias, telefoneando a los conocidos para pedir que nos ayudasen. No podía tomar el teléfono, alguien lo colocaba en mi oído, y yo hablaba. Pero no pude evitar que cerraran el Grupo... Lo que lo evitó fue un milagro.

Hubo pilas de tormentas de esa naturaleza en ese período.

El papel de la confianza

Por increíble que sea, gracias a Nuestra Señora yo atravesé el estruendo siempre con la retracción de aquellas gracias, pero con paz, con una serenidad sin la cual habría muerto en aquella ocasión, fundada solo en el deseo enorme de que la vocación continuara y, por lo tanto, una serenidad mantenida en el recuerdo de las gracias que habían pasado a ser dudosas.

Me ayudó incomparablemente la suavidad, la resignación y el perfume moral de la presencia de mi madre. Estoy seguro de que la gran tranquilidad y seguridad que yo tuve en el accidente no me abandonaron un instante gracias a la intercesión de ella. Yo debía esperar que la pierna, la cadera, los brazos rotos, los ojos, en fin, todo volviera la normalidad.

Era necesario tener, en medio de todo eso, una gran confianza que, estoy seguro, mamá me consi-

guió pidiendo a Nuestra Señora de Genazzano.

Si inclusive durante ese período de eclipse –para expresarme así–, de la “gracia de Genazzano”,³ yo no hubiera conservado algo de confianza, no habría aguantado. Todos los infortunios se acumulaban encima de mí en una especie de estampida increíble. Pero me fue posible, exactamente por causa de esa gracia (de lo que quedaba de ella) encontrar fuerzas para enfrentar la situación.

Yo no habría resistido nada de eso si no fuera porque Nuestra Señora me dio siempre ese fondo de confianza... ¿Confianza en qué? En que el mensaje contenido en esa gracia se realizaría, o sea, yo no moriría antes de realizar mi vocación.

Nueve años de espera sin comprender nada...

Sólo al cabo de nueve o diez años supe, por una circunstancia ente-

ramente fortuita, que el día del accidente coincidía con la fiesta del beato Stefano Bellesini, un religioso del siglo XIX que vivió en Genazzano, donde fue también párroco, el más célebre de los devotos de Nuestra Señora del Buen Consejo y que se volvió bienaventurado a la luz de Ella, hecho que restauraba el cuadro que las dudas no consentidas, pero vehementes, perturbaban.

Cuando en aquella mañana de febrero, aniversario del accidente, pasé por una de nuestras capillas, me senté allí y un muchacho me trajo una reliquia del Santo del día con una nota sobre él: era el Beato Stefano Bellesini.

Mandé a llamar por teléfono a los agustinos y a preguntarles cuál era el día de la fiesta del Beato. Era, en efecto, el día 3 de febrero. Estaba enteramente confirmado. Aquel había sido el día de mi accidente, y pensé: “Pero ¿cómo? ¡Nunca me pasó por la cabeza la coincidencia de las fechas!”

Lo que indicaba la punta del dedo de Nuestra Señora en el accidente que sufrí, como quien dice: “Hijo mío, aquello no fue una cosa contra las reglas de Genazzano, sino la quintaesencia de esas reglas”. Fueron nueve años de espera, sin que yo comprendiese lo que había sucedido.

Me puse muy contento al constatar esa coincidencia de fechas, a tal punto que mandé sacar su reliquia de una de mis cajas de reliquias y no la solté durante un minuto, agradeciendo a Nuestra Señora de Genazzano por haber sabido eso nueve años después. Yo le agradezco a Ella porque no supe y le agradezco porque supe. No sabiéndolo, sufrí más; sabiéndolo, tuve una alegría.

Archivo Revista



El Dr. Plinio el 3 de febrero de 1984

Desde entonces hasta hoy, naturalmente, adquiriré mayor decisión, más energía al enfrentar los obstáculos y, al mismo tiempo, las pruebas fueron aumentando; pero ya con la confianza bien firme y, por lo tanto, con la posibilidad de enfrentar cualquier cosa.

A pesar del apagamiento, la “gracia de Genazzano” permanecía incólume

La segunda lucha, —la primera fue el accidente; la segunda, el estruendo— dejó que sus cicatrices duraran hasta el momento en que pude recomponer bien el movimiento de la gracia. Haciendo recientemente un balance de todo lo que pasó por ocasión del estruendo, comenzó a abrirse un poco de claridad en mis ojos y verifiqué que Nuestra Señora continuó actuando con nosotros y conmigo durante ese período, exactamente del modo milagroso con que Ella actuaba antes de aquel apagamiento.

Varias, varias y varias cosas de aquella época me comenzaron a venir al espíritu, y verifiqué que, a pesar del desfiguramiento, la “gracia de Genazzano” continuaba. El peligro llegaba hasta mí, espiraba sin devorarme, dejando a la vocación seguir su camino.

O sea, la gracia no me abandonó, pero me dejó en la situación de pensar que ella no era auténtica. ¡Y cómo eso se clavaba en la médula de mi alma! Porque, o vivo para la vocación o soy un payaso...

Los sábados, cuando me dirigía en silla de ruedas a la Reunión de



Archivo Revista

Si Nuestra Señora quiso eso, yo canto el *Magnificat* y doy por muy bien empleada cualquier cosa que Ella haya hecho. Aunque me hubiese llevado, yo la glorificaría por su sublime intransigencia hacia mí.

¿Quién sabe si Ella, misericordiosamente, quiso servirse de ese dolor, no el de la muerte, sino el de las sombras de la muerte, y de las sombras, por lo tanto, de la vocación no realizada, para ayudar a volver a erguir el Grupo? Es posible. Después de eso, es un hecho que tuvo un florecimiento extraordinario y llegó hasta donde está hoy.

Ahí está la explicación, casi la historia de una vida, la historia de un hombre en función de una gracia. Es hasta donde puedo narrar en el orden de lo reciente. ¡Si yo contara todas las cosas que sucedieron, grandes o pequeñas, a lo largo de ese período...! Yo fui hasta los límites de lo que podría ir; sin embargo, continué enfrentando mi vida y llegué hasta aquí por la gracia de Nuestra Señora. ❖

Recortes, trataba sobre el estruendo, y en cierta ocasión llegué a afirmar lo siguiente: “Yo soy todo dolor, en mí no hay otra cosa a no ser dolor”.

Una caminata por el dolor

Ninguna duda: quien quiere hacer avanzar una obra como la nuestra no puede únicamente ser un profeta, sino que tiene que dar su propia sangre. Es una larga caminata por el dolor que después se transforma en una caminata por el exilio y, después de este, la apariencia de frustración: “¡Las gracias no eran nada!” Caminando, caminando, caminando: “*Et si ambulavero in medio umbrae mortis, non timebo mala* —aunque yo camine en las sombras de la muerte, no temeré los males” (Sal 22, 4), y, “*In lumine tuo, videbimus lumen*— en vuestra luz veremos la luz” (Sal 35, 10).

1. El Dr. Plinio se refiere a la convalecencia del grave accidente automovilístico que sufrió en 1975, en las afueras de São Paulo.
2. Campaña mediática calumniosa de grandes proporciones contra el Grupo, pidiendo que este fuera cerrado.
3. Gracia especialmente sensible recibida por el Dr. Plinio, al contemplar una reproducción del fresco de la Virgen del Buen Consejo que está en Italia, que le confirmaba en el fondo del alma de que él cumpliría su misión.



Santos mártires, primicias de la Iglesia en Japón

Magníficos frutos fueron dados a la Iglesia en Japón, gracias a la fidelidad de un pueblo que se maravilló con las enseñanzas recibidas de sus misioneros.

Los datos sobre los mártires del Japón que vamos a considerar son tomados de la *Vida de los Santos* de Rohrbacher¹.

Deseando la gloria del martirio

El cristianismo fue introducido en Japón en 1549 por San Francisco Javier y logró maravillosos progresos, incluso después de la muerte del santo.

Esto es extraordinario, porque se podría suponer que, falleciendo el Santo, el cristianismo dejaría de tener el impulso que tuvo, ya que él fue el gran resorte propulsor de la cristianización allí. Ahora bien, por el contrario, ésta continuó floreciendo extraordinariamente. Hubo medio siglo de expansión pacífica del cristianismo en esa nación.

En 1596, a raíz de revoluciones políticas, comenzó una persecución bajo el reinado del emperador Taicosama, quien se hacía adorar como a un dios. [...] La noticia de que todos los cristianos que fueran encontrados en las iglesias serían arrestados continuó difun-

diéndose por todas partes; y ella despertó en el corazón de todos los fieles tal alegría y deseo de martirio que provocó la admiración de los idólatras.

¡Vemos así el floreciente estado de fe que esto representa! Es como si de repente se extendiera entre nosotros la siguiente noticia: la casa es-



Peter Ykens (CC 3.0)

San Francisco Javier bautiza a un rey pagano



Los veintiséis mártires del Japón

tá rodeada de enemigos que van a atacarnos. Y todos dijeron: “¡Oh! Qué maravilloso, ¡Qué felicidad es la gloria del martirio! ¡Que vengan! Lucharemos contra quien podamos y luego moriremos felices. Habremos abatido a algunos enemigos de la Iglesia y habremos muerto por ella”.

Los miembros de esa cristiandad maravillosa, tan distante de Roma y de la Europa católica, cuando oyeron la noticia de que había una persecución religiosa, se alegraron tanto que ni siquiera los paganos podían entender cómo esto podía suceder.

El primero que dio tan maravilloso ejemplo fue un general del ejército, Justo Ucondono, hijo de Tacaiama. Unos meses antes había visto morir en

sus brazos a su ilustre padre, alabando al Señor hasta el último suspiro y dándole gracias por haberle juzgado digno de morir confesando a Jesucristo.

Este general era hijo de un ilustre mártir.

Ucondono estaba en casa de su amigo, el rey de Canga, cuando, al oír la noticia de la persecución, se dirigió a Meaco, a casa del padre Gnechchi, jesuita, para morir con el religioso, cuya virtud tanto respetaba. Estando allí, vio llegar con la misma intención a los dos hijos del Virrey de Tensa, gran maestro de la casa del Emperador.

Un señor muy rico y poderoso, quien recientemente bautizado, mandó publicar en sus tierras que castigaría severamente a cualquiera que, interrogado por orden del emperador si

el amo era cristiano, disimulase la verdad. Otro, sabiendo que no se atrevían a ir a buscarlo en persona, fue con su esposa, llevando consigo a un niño de diez años, y ella, con otro niño de brazos, para presentarse a uno de los que comandaban Meaco.

Un pariente de Taicosama, a quien el príncipe había dado tres reinos, fue a encerrarse con unos jesuitas para no perder la oportunidad de morir con ellos.

Japón tenía una organización marcadamente feudal. Los señores feudales, de la categoría de príncipes, eran partidarios del cristianismo. Aunque debían grandes favores al emperador, éste sólo era un instrumento de los dones divinos. Por lo tanto, era a Dios a quien tenían que obedecer.



Tejiendo las prendas para el propio martirio

Un día, la ilustre Reina de Tango, que en su Bautismo había recibido el nombre de Gracia, fue vista trabajando con sus hijas en la confección de magníficos vestidos, “para aparecer con mayor pompa el día del triunfo”, como ella solía decir.

Era la reina de una provincia, sujeta a la orden del emperador, que preparaba hermosos vestidos para el día del martirio, junto con sus hijas.

Uno puede imaginar el interior de este pequeño palacio provincial, con ese estilo típico de los edificios japoneses: el murmullo de una fuente, un jardincito hecho de rincones y pequeñas sorpresas, arbolitos, plantitas, florecitas rojas, animalitos, y allí la reina tejiendo tranquilamente el vestido de su martirio. ¡Qué belleza, qué linda escena! ¡Preparándose para el martirio como se prepara para el compromiso matrimonial!

Ongasaiara, gentil-hombre de Bungo, sabiendo que se estaban elaborando listas de cristianos, declaró públicamente que nadie podía disputarle la honra de estar registrado en ellas entre los primeros.

Hicieron lo que él deseaba, y luego él se dedicó a asegurar para su familia la felicidad que creía haber conseguido para sí mismo. Sin embargo, en el caso del anciano padre, que tenía ochenta años y había sido bautizado sólo seis meses antes, se consideró apropiado pedirle que se retirara a una casa de campo, donde nadie lo buscaría. A pesar de las súplicas, el anciano no quiso oír hablar de fuga, pues pensaba morir por Dios, pero con las armas en la mano, como correspondía a un viejo soldado. Luego entra conmovido en la habitación de su nuera, y la ve ocupada haciéndose para sí misma vestidos adecuados; al mismo tiempo, ve a los sirvientes, e incluso a los niños que preparaban, éste un relicario, aquél un rosario, otros un crucifijo; entonces pregunta cuál es la causa

de todo aquel movimiento, y le responden que se preparan para el combate.

— ¡Qué armas y qué especie de combate! — exclama.

Se acerca a su joven nuera:

—¿Qué haces, hija mía? — le pregunta.

—Preparando mis vestidos — responde ella— para presentarme con más decencia, cuando me crucifiquen, porque, según se dice, todos los cristianos serán crucificados.

Habla con tanta dulzura, tranquilidad y alegría que deja a su suegro asombrado. Él, en silencio, la miró fijamente durante un rato; luego, como saliendo de un profundo letargo, abandona las armas, saca el rosario y, sosteniéndolo entre las manos, dice:

—Entonces, también yo seré crucificado con Uds.

La gracia pidió a este anciano que muriera sin combatir con armas contra sus adversarios. Que él nos asista desde el Cielo con sus méritos y nos dé fuerza para hacer siempre lo que la gracia nos pide.

Posición audaz frente a la perfidia del padre

La más tierna edad dio ejemplo de la más heroica valentía. Un niño de diez años era hijo de un padre que, después de haber abjurado cobardemente de la fe, quiso convencer a su hijo de abrazar la apostasía. Pero encontró una resistencia inesperada. Aún más sorprendido quedó cuando el muchacho, cansado de palabras, le respondió:

—El padre que sea hombre de honor sólo debe tener un interés: conducir a sus hijos a la práctica de la virtud. Es asombroso, mi querido padre, que después de haber renunciado por cobardía al culto del verdadero Dios, queráis hacer a vuestro hijo cómplice de tan gran infidelidad. Debéis, por el contrario, procurar volver al seno de la Iglesia y no apartarme de él. Pero en cuanto a vos, haréis lo que bien os parezca; no hay ley que obligue a un hijo a imitar la perfidia de su padre. Y espero que Dios me conceda la gracia de serle fiel hasta el final, a pesar de todos vuestros esfuerzos.

Ese niño es el magnífico patrono de los hijos que se ven obligados a resistir los malos consejos de sus padres.

Voto de castidad, magnífica réplica en el peligro.

A partir de 1598 la persecución comenzó a extenderse. El emperador era instigado por algunos recién llegados. Los protestantes de Holanda e Inglaterra continuaban su comercio de Judas en todo el mundo. Para suplantarse mejor a los católicos portugueses y españoles en sus relaciones comerciales con los japoneses, instigaron a estos últimos a declarar una guerra

de exterminio contra todos los católicos del imperio.

En 1613, una nueva ola de mártires coronó la Iglesia japonesa. Allí conoció a Julia Ota, una coreana, ilustre de nacimiento, notable por sus méritos y muy estimada por Kubosama, quien había decidido convertirla en la persona más importante de la corte. La valiente joven, en cuanto vio que la tormenta estaba a punto de desatarse, hizo voto de castidad perpetua, para atraer gracias del Señor.

Kubosama era un príncipe que quería casarse con ella. ¡Qué alta categoría de alma: “¿Va a caer una desgracia? “Está bien... hago voto de castidad perpetua”. ¡Qué magnífica réplica!

Convertida por este vínculo sagrado en esposa de Jesucristo, se sintió tomada por una fuerza divina, y nada pudo conmovérla. El príncipe, incapaz de resignarse a ser derrotado por una joven extranjera a la que había

colmado de riquezas, la sometió a los ataques más duros, los cuales, sin embargo, sólo sirvieron para dar mayor realce a su gloria. Finalmente, la dejó en manos de una compañía de soldados que la llevaron de isla en isla, con sus dos compañeras Lucía y Clara, y la dejaron, sola, en otra isla donde sólo había unos pobres pescadores que se alojaban en miserables chozas.

Con dificultad logró encontrar un lugar donde refugiarse, y vivió allí cuarenta años, sin ningún consuelo de los hombres, pero colmada de favores del Cielo, que le permitieron descubrir un verdadero paraíso en el desierto. Al principio se entristeció porque, según dijo, no había sido considerada digna de dar su sangre por la fe; pero el padre Pasio, jesuita, a quien escribió sobre el asunto, respondió que la Iglesia reconocía como mártires a varios santos que sólo habían sufrido el exilio.

Ella fue completamente aislada de los católicos en esta pequeña aldea junto al mar. Podemos imaginar una tarde con un sol rojo en el poniente — me imagino el Mar del Japón lleno de pequeñas olas rizadas, al estilo japonés—, ella está allí pensando, con ardientes deseos de oír Misa, de rezar, de contemplar la Sagrada Eucaristía, de comulgar, tal vez en la necesidad de confesarse para la paz de una conciencia pura. Al cabo de cuarenta años, murió, después de un exilio que fue para ella un verdadero martirio.

Estos son los frutos que ha producido la Iglesia Católica en Japón. ♦

(Extraído de conferencia del 2/6/1969)



El Dr. Plinio en 1969

1) ROHRBACHER. *Vida dos Santos*. São Paulo: Editora das Américas, 1959, v. III, p. 17-30. 3



Reina del postrero Buen Suceso

Nuestra Señora del Buen Suceso es reina en el verdadero sentido de la palabra: tiene majestad, pero al mismo tiempo, bondad; es triunfadora, pero al mismo tiempo, batalladora y da la idea de que, cuando combate, tiene la certeza de la victoria.

El buen suceso significa buen resultado final. Ella es, por lo tanto, la Reina del postrero Buen Suceso, el cual no excluye muchas batallas, muchas derrotas, que al final afirman la soberanía de la Santísima Virgen.

El buen suceso es la victoria final de la Contra-Revolución en la gran guerra emprendida por la Revolución.

(Extraído de conferencia de 26/8/1977)